

[Publicado previamente en: *Archivo Español de Arqueología* 36, n.º 107-108, 1963, 177-181. Versión digital por cortesía del editor (*Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid*) y de los herederos del autor, con la paginación original].

© Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Némesis en una pintura mural del anfiteatro de Tarragona

Antonio García y Bellido

[-177→]

Hace unos diez años –más precisamente en 1952, durante las excavaciones que, bajo la dirección de Ventura Solsona y el patrocinio de la Fundación Bryant, se hicieron en el anfiteatro de Tarragona– apareció en el lado N. del eje menor de la arena un pequeño recinto rectangular que tenía acceso directo desde ella previo un descenso de dos peldaños. Los muros, de recios sillares, daban lugar a una breve habitación de 3,30 metros de longitud por algo menos de un metro y medio de ancho. Este exiguo recinto debía ir cubierto por un techo plano sostenido por vigas de madera que descansaban en lo alto de las paredes mayores, donde aún se ven los mechinales en que se insertaban.

Al pie de los peldaños de entrada apareció entonces una inscripción con dedicatoria a Némesis que reza así: *[N]um[ini] / Nemesi / Corneli(us) / Senici[anus ?] / et Valeria Po/mpeia pro sa/lute Numm(i) / Didymi / V(otum) P(osuerunt)*¹.

Posteriormente, en 1954, dentro del ámbito mismo antes descrito, se halló otro cipo votivo² dedicado también a Némesis cuya lectura completa³ es como sigue: ... *Sanc(tae) / August/ae Neme/si ex vo/to / ess[edarius] / ...*

Fue entonces cuando en el lado izquierdo de este cuchitril, en lo alto del muro, se descubrió una escena muy borrosa pintada sobre una gruesa capa de estuco que recubría la pared de sillares. Esta escena pintada mide 1,60 m. de anchura por 62 cm. de alto y estaba protegida por un tejadillo a dos vertientes tenues, del que han quedado las rozas hechas en el muro para su encaje (fig. 1).

La visión directa de esta pintura no es suficiente para darse cuenta exacta de su contenido. Las imágenes y los colores muéstranse más o menos claras o vivos según el grado de humedad ambiente y según la luz. Sólo por medio de fotografía en color o en negro con placas de distintas sensibilidades cromáticas se pueden captar detalles que de otro modo o no se perciben o se ven de modo poco claro. Es seguro que la fotografía con placas sensibles a los rayos ultravioletas e infrarrojos daría aún muchos más informes sobre la escena que en la pintura se narra. Mientras tanto nos llegan estos auxilios, hemos de conformarnos con la imagen que ofrecemos en la fig. 3, lograda tanto con la observación directa como con la ayuda de una placa 9 x 12 en color, que amablemente me permitió estudiar el señor Ventura Solsona, una fotografía en negro tomada a poco de su descubrimiento (fig. 2) comunicada por el mismo y varios conjuntos y particulares, en negro o color, hechos a mi ruego por mi colega y colaborador don A. Balil. Lo

¹ Samuel Ventura Solsona, *AEArq*, 27, 1954, 269; la inscripción aún incompletamente leída; Idem, *Bol. Tarragona*, 55, 1955, 7, núm. 4, lám. 3, con su lectura completa; *HAEpigr*, 6-7, 1955-6, 891; *AE*, 1956, 24; tomada de *AEArq*; y mi estudio "Némesis y su culto en España", *BRAH*, 147, 1960, 140, núm. 8 y fig. 9.

² S. Ventura, *Bol. Tarragona*, 55, 1955, 15, número 13 y lám. 10; *HAEpigr*, 6-7, 1955-6, 870.

³ Ver mi trabajo ya citado, 140, núm. 7.

logrado, aunque no sea definitivo, nos permite al menos reconocer el contenido del cuadrado mural.

Figuran en él tres personajes en pie simétricamente colocados. El central –sin duda también el principal de los tres– es algo mayor que sus colaterales. Presenta el tronco de frente y viste una especie de blusa amarilla, ceñida al cuello; sus mangas son cortas y con vuelos, llegando sólo a medio brazo. Cubre sus caderas con un faldellín breve, de color rojizo, que no alcanza a las rodillas. Su rostro se presenta también de frente, pero ligeramente vuelto hacia nuestra derecha. Tócase con una espesa cabellera que corona con algo que parece una [-177→178-] media luna con los cuernos hacia arriba. El brazo



Fig. 1.- La pintura durante la operación de arranque para su traslado al Museo (Fot. Balil.)

derecho cae a su peso, ligeramente curvado, llevando en la mano algo que no se distingue. El izquierdo se adelanta portando en su mano, sobre la palma extendida, una esfera azulada. Las piernas, desnudas, se muestran de perfil en la posición del que corre, pero ello de un modo envarado y convencional: la izquierda recta, pisando de punta sobre algo que luego describiremos; la otra doblada, apoyándose en una rueda de varios rayos que vemos ligeramente escorzada más por inercia del pintor que por responder a un determinado punto de vista. Cara, brazos y piernas, de color rosado, indicando el natural de la carnación.

Esta figura, cuyo género es difícil de definir, corre hacia la derecha del cuadro; apoya su pie izquierdo sobre otra muy borrosa, pero evidente, echada en el suelo boca abajo y todo a lo largo. Se percibe bien la masa de su cuerpo rojizo y aún mejor la cabeza, que parece alzada y como mirando al personaje de la rueda. Los brazos se adelantan, apoyados igualmente en el terrazo, por delante de la cabeza.

La figura de nuestra derecha vuélvese ligeramente hacia la central en clara subordinación a ella. Cúbrese con una túnica blanca que deja ver las piernas azulosas desde algo más abajo de la rodilla. Lleva manto con bordes de color rojizo. En la izquierda sostiene una cornucopia y en la derecha una pátera azulosa, que adelanta al hogar de un altarcillo portátil de color verde azulenco para indicar, probablemente, bronce. Se ven aún las rojas brasas sobre el focus. Tiene forma atrompetada, descansando en tres (o cuatro ?) patas curvas. De la cabeza de este personaje no ha quedado visible más que el negro de la cabellera y el vago tinte rojizo de la cara. Su actitud es claramente la del oferente en el acto de echar el incienso sobre el hogar.

El personaje tercero, el de la izquierda (fig. 4), también de tamaño menor que el central, viste una especie de blusa de mangas cortas y color azul ceñida a la cintura con un cinto rojo; sube hasta el cuello y se termina en una franja de azul más intenso. Debajo, un faldellín que no llega a las rodillas. Bordéalo una cenefa amoratada. Las piernas, al parecer desnudas, así como los brazos, son de color rosado. Adelanta la mano izquierda, en la que tiene un recipiente pequeño que, a juzgar por lo que es dable [-178→179-]



Fig. 2.- La pintura a poco de su descubrimiento.

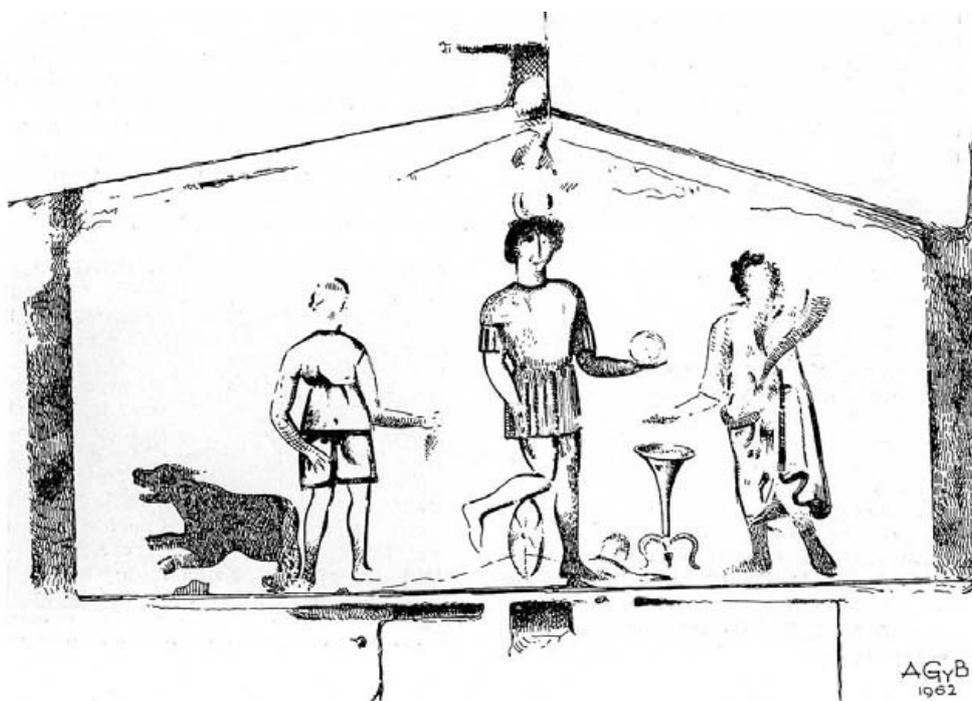


Fig. 3.- Ensayo de restitución (según A. G. y B.).



Fig. 4.-El personaje de nuestra izquierda (Fotografía Balil.).



Fig. 5.-El oso. (Fot. Balil)

adivinar, sería una jarrita, es decir, un *praefericulum*. En la derecha acaso llevara también algo, pero no hay nada perceptible, a no ser que se tomara por un objeto lo que yo creo una franja vertical de la túnica, cuyo color avioletado es el mismo que distingue a la cenefa que la bordea.

A su lado, y como corriendo hacia la izquierda, se ve la sombra oscura de un gran cuadrúpedo semejante a un oso. Avanza sus manos y abre las fauces como si fuera a atacar a alguien del que no se ven, empero, rastros (fig. 5). Todo lo descrito se destaca sobre un fondo azul uniforme, algo más intenso en la parte inferior. No hay indicios visibles de nada que pudiera haberse pintado sobre este fondo neutro.

Quédanos ahora el arduo empeño de interpretar rectamente esta curiosa y extraña composición pictórica. Por fortuna, la figura principal, la central y más alta, corriendo sobre una rueda, pisando sobre una figura yacente y con la esfera azul en la mano, nos lleva al punto a pensar en una Némesis, y ello con la casi total seguridad de haber acertado en nuestro supuesto, tanto más cuanto que Némesis era la deidad propia de los circo y anfiteatros y el cuadro que nos ocupa ha aparecido en un anfiteatro y precisamente junto a dos dedicatorias hechas al temido numen de la venganza justiciera. Lo que más pudiera extrañar, es decir, su vestimenta, halla varios paralelos, por ejemplo, en el altar de Miletos conservado hoy en el Museo de Istanbul ⁴ o en el relieve de Thasos en el mismo museo ⁵. En cuanto a la cornamenta lunar podría ser uno de los muchos signos tomados en préstamo por esta "polimorfa" deidad de otras con ella asimiladas, como

⁴ Schweitzer, *JAI*, 46, 1931, 209, fig 10

⁵ Mendel, *Catal.* 3, 1914, 75 ss.. núm 862 v últimamente Picard-Schmitter, en *Hommages à L. Herrmann*, Bruselas, 1960, lám. 37, fig. 2.

Artemis, Io o Isis. Precisamente la figura antes citada de Thasos lleva una especie de diadema con tres plumas, como es frecuente en las imágenes isíacas.

En cuanto al personaje de nuestra derecha [-180→181-], parece masculino y más bien humano que divino, pero no se explica por qué razón es portador de la cornucopia, atributo que sólo pertenece a deidades frugíferas o a personificaciones como Tyche ya como tal, ya como símbolo de una ciudad. Habría que pensar que, pese a su aspecto, esta figura fuera, en efecto, una Tyche, deidad tan estrechamente asociada a Némesis.

El de nuestra izquierda no plantea dudas. Parece evidente que representa a un doulos de la deidad, un servidor que ayuda al acto religioso del que serían protagonistas Némesis y Tyche.

Pero vuélvamos a la perplejidad la presencia del oso, pues eso y no otra cosa parece. Cabe sugerir que se trate de una alusión especial a algún episodio circense relacionado con el hecho que movió al dedicante a tan señalada conmemoración. Porque es evidente que el cuadro pictórico es un ex voto, como tantos otros, dedicado a la deidad protectora de los ágones circenses por algún actuante en ellos que en circunstancias difíciles se sintió protegido por el numen. Conocidas las costumbres de estos agonistas, es lícito pensar en un encuentro personal entre el dedicante y su adversario, encuentro en el que, por influjo de la deidad, el oferente venció. Este vencido ha de ser el que aparece al pie de Némesis, que lo sojuzga y domina poniendo el pie en su tendido cuerpo. Casos idénticos son conocidos en varios ejemplos más que no precisan ser colacionados ahora. Némesis era en tales circunstancias el arbitro ecuánime de las contiendas y rivalidades agonísticas, en las que actuaba de espíritu moderador, justiciero, vindicador o punitivo, restableciendo la equidad allí donde ésta era tergiversada. El oso sería, pues, probablemente, el animal objeto de la contienda habida con ocasión de alguna venatio o cacería circense. El oferente debió salir con vida y victorioso, no sólo del oso, sino también y principalmente de algún enemigo particular que no es otro sino el que figura sojuzgado a los pies de Némesis.— A. GARCÍA Y BELLIDO.